

## ELEUTERIO SANTIAGO-DÍAZ<sup>1</sup>

### Romerías

Naranja en flor . . .  
pero la campiña  
es del romero.

Pinta el prado  
vivos tonos  
y el pregón engalana.  
Hay malvas,  
rascamoños,  
colibríes

pero la campiña  
es del romero.

Está dispuesto así.  
Flores blancas  
en tu altar  
y cantos de romería.

<sup>1</sup> Profesor asociado en el Departamento de Español y Portugués de la Universidad de Nuevo México. Sus principales áreas de enseñanza e investigación son: literatura afrocaribeña y caribeña, examinadas a la luz de las teorías de raza, escritura y modernidad; literatura latino-caribeña de los EE.UU.; y poesía moderna latinoamericana. Es autor de la colección de poemas titulada *Breaths* (2012), de *Escritura afropuertorriqueña y modernidad* (2007), y de artículos publicados en revistas y antologías tanto de estudios literarios como de creación.

Y que quede  
el peregrino  
en tu remanso.

*Virgen del Romero  
no fue más que una  
que fue la que puso  
los pies en la luna.*

Es el atardecer.  
La villa pasea  
su leyenda en fiesta  
y devoción.  
Hay malvas,  
rascamoños,  
colibríes.  
Mecen los niños  
en rondas,  
guirnaldas  
y fragancias.

*A la limón  
a la limón,  
A la víbora  
a la víbora,  
Yo bordo pañuelo,  
A mamá que le mande  
una cebollita.*

A tu costado,  
mis loores.

Flor de oro,  
Haz de gracia,  
para ti, la luz,  
para ti, la dicha,  
para ti,  
dulce Reina,  
la piedad.

\*\*\*

Es ya la hora  
mística . . . y aún  
se escucha  
en la distancia  
un contrapunto  
vocinglero.

*Mañana es domingo  
de San Garabito,  
de pico de gallo,  
de gallo montero.  
Pasó un caballero  
vendiendo romero,  
le pedí un poquito  
para mi pollito.  
No me lo quiso dar,  
me puse a llorar.*

Nardos, en nardos  
y gardenias  
se derraman  
ofrendas.

A tu costado  
mis loores.

Virgen del Romero,  
heme aquí,  
abatido ante ti.  
Escucha mi clamor  
de penitente  
ardiente.  
No te pido  
que me respondas  
ni que calmes mi sed  
de peregrino.

Sólo la gracia  
de mi ofrenda  
a tu costado.

*Eres alta y delgada  
como tu madre,  
morena, salada  
como tu madre.  
Bendita sea la rama  
que al tronco sale,  
morena, salada,  
que al tronco sale.*

Celaje en fuga álgida

Ese pájaro que se nos fuga  
siempre ha de oscilar  
entre aristas imprevistas  
que separan encías.  
Cruzaremos el cieno  
y lo dejaremos bajar hasta el fondo  
de la guinda abierta,  
entre la nostalgia y el respiro.  
Después habrá más calma en el borde  
de la siesta  
y la pesada angostura,  
en la tercera cifra de la abierta  
metamorfosis.  
Luego se velará por las otras orillas,  
flor de mar,  
pez sí, u ola siendo astro,  
cabalgadura errante  
hacia la constatación.

## Caen las hojas

Son ellos,  
qué ancianos se me han puesto.  
Con sus canas vencidas y el hálito quebrado  
entre sábanas, en exiguos rincones de traspatio,  
por asma y demencias y frágiles resfríos,  
se asemejan a un sueño perentorio del ayer,  
a agitaciones graves de una primera edad  
que agazapadas en las sombras mentían la ruina  
de lo seguro y firme a plena luz,  
a insidiosas quimeras que a espaldas de un pan  
desdecían el sírvete y la falda de la madre.

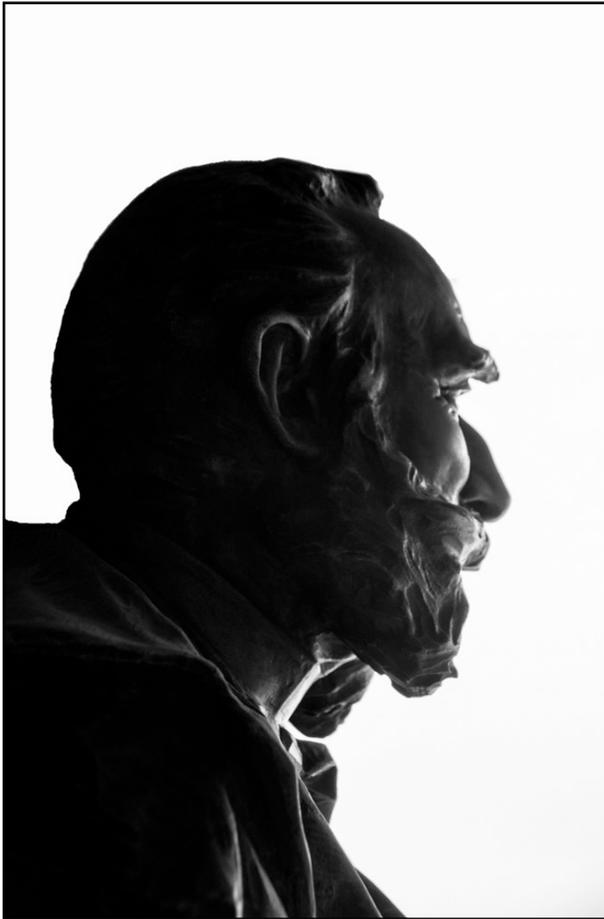
Son ellos, los grandes de mi infancia.  
Van cayendo como hojas,  
como postreras hojas otoñales batidas  
por la primera ventisca invernal.  
Como las páginas de un *Bristol* en clave  
invertida, van cayendo.

En junio fue el tío Manuel;  
de él aprendí yo la vuelta de la noria.  
En octubre, el tío Simón,  
quien me enseñó el ideograma para la palabra  
“pueblo”.  
En noviembre, tía Palmira;  
fue ella la que me torció la oreja izquierda  
hacia la constancia.  
El viernes, mi hermano Luis.  
Él siempre insistió en nivelar nuestro mundo  
con la línea azul del mar.

Ayer falleció Ms. Eudora.  
De su mano, yo, por primera vez, contemplé  
el *shinkirō* suspendido en el horizonte.

Y me convocan sus inefables ocasos,  
mostrándome el sendero que da a la salida.

Ellos, que una vez me enseñaron a cubrirme;  
ellos, que en albor del sueño templaron mi voz  
y me separaron del barro;  
ellos, que me enseñaron a dar los primeros pasos  
hacia el interior del reino consentido;  
hoy, con su declive, me muestran el camino  
de vuelta al barro.



© Gerardo Piña-Rosales